

# NEW LEFT REVIEW 128

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2021

## EDITORIAL

SUSAN WATKINS Cambios de paradigma 7

## ARTÍCULOS

GEORGI DERLUGUIAN Una pequeña guerra mundial 28

ANTON JÄGER Regiones rebeldes 55

ESCUELA DE FRANKFURT Teorías de la necesidad 81

WILLIAM DAVIES Políticas del reconocimiento 95

FRANCO MORETTI *Bande à part* 115

KENTA TSUDA Cuestiones sobre el decrecimiento 127

## CRÍTICA

DANIEL FINN Iglesia militante 150

J. X. ZHANG Los significados de Tiananmen 161

MICHAEL LIPKIN Domesticar a Hegel 175

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



## CRÍTICA

Klaus Vieweg, *Hegel: Der Philosoph der Freiheit*, Munich, C. H. Beck, 2019, 824 pp.

MICHAEL LIPKIN

### DOMESTICAR A HEGEL

Pocos filósofos han recorrido un camino más intrincado que el de Hegel hasta llegar al lugar que le corresponde en el panteón de los grandes pensadores. Aunque en el momento de su muerte en 1831 ocupaba la prestigiosa cátedra de Filosofía y el cargo de rector en la Universidad de Berlín, durante la mayor parte de su edad adulta se ganó a duras penas la vida siguiendo la senda típicamente pedregosa del intelectual alemán en torno a 1800: una mezcla de clases privadas, conferencias, artículos de periódico y, para los que poseían conexiones políticas, administración de colegios. Durante los veinte años posteriores a su muerte, Hegel dominó el debate histórico, religioso y literario en Alemania; fue interpretado por la influyente generación de los Jóvenes Hegelianos, que lo siguieron como el paladín filosófico del liberalismo. Transcurridos veinte años más, de nuevo el legado de Hegel se había unido, paradójicamente, al del principal teórico de la revolución proletaria. Mientras tanto, desde finales de siglo, la filosofía analítica anglófona rechazó por completo su planteamiento.

En las décadas siguientes, Hegel fue periódicamente revivido por pensadores que buscaban una base metafísica para el marxismo, como Lukács, o Lenin, para quien era imposible entender *El capital* sin leer primero la *Ciencia de la lógica*. Pero solo con el resurgimiento hegeliano francés de las décadas de 1930 y 1940 volvió a ser leído ampliamente en Occidente para volver a ser rechazado por la generación posestructuralista, que lo consideraba un emblema del aburrido racionalismo de la academia francesa.

«Simplemente nos zambullimos en Hegel, Husserl y Heidegger», se quejaba Gilles Deleuze a Claire Parnet. «Nos arrojamos como cachorritos a un escolasticismo peor que el de la Edad Media». Adorno, su lector alemán más sensato en los años de posguerra, se dio a conocer con una obra en la que observaba de pasada que, si bien los proyectiles de Hitler podrían verse, en términos de Hegel, como manifestación simbólica del estado del Espíritu del Mundo, la estupidez, la ceguera y la futilidad de dichos proyectiles sirvieron de un solo golpe, como el nazismo en sí mismo, para refutar la filosofía hegeliana de la historia. (La observación se hace en el trigésimo tercer fragmento de *Minima Moralia*. Dos obras menos conocidas de Adorno, *Tres estudios sobre Hegel* y las lecciones de *Introducción a la dialéctica*, ambas de mediados de la década de 1950, ofrecen un vigoroso respaldo).

En defensa de Hegel como pensador sometido a ataque perpetuo, Klaus Vieweg ha escrito *Hegel: Der Philosoph der Freiheit*, una biografía intelectual que marca el ducentésimo quincuagésimo aniversario del nacimiento del filósofo. La «libertad» del subtítulo, realmente inocente para el lector general, pretende de hecho provocar. En la imaginación popular, sugiere Vieweg, Hegel sigue siendo el filósofo de corte del absolutismo prusiano: un lamebotas, un burócrata, un profesor de carrera. Es un axioma del pensamiento postestructuralista que la «presencia», la «identidad» y la «síntesis» son ejemplos del conocimiento como poder, que pretende subsumir y eliminar toda diferencia. El objetivo del libro de Vieweg —una biografía generalista, escasa en nuevos conocimientos académicos, pero muy legible— es defender a Hegel contra estos «vilipendios carentes de honradez» y devolverlo al lugar que le corresponde como pensador alemán de la Revolución Francesa. A lo largo de casi 700 páginas, Vieweg demuestra que Hegel fue y siguió siendo siempre el joven seminarista que se sirvió un vaso de champán al saber que se había producido el asalto a la Bastilla. *Der Philosoph der Freiheit* rechaza incluso la posición intermedia de que, como ocurre con buena parte del pensamiento alemán de su tiempo, tal vez hubiera un solapamiento entre las tendencias emancipadoras y las tendencias reaccionarias de Hegel. El Hegel de Vieweg es un defensor a carta cabal de la razón y la libertad, «el credo que guió su vida», así como un crítico vehemente de la corte y de la iglesia prusianas, aunque fuera con su estilo abstruso.

Entre los estudiosos contemporáneos de Hegel, Vieweg es una especie de rareza. En su mayoría, los grandes nombres filosóficos que han planteado una interpretación «posdeconstructiva» de Hegel proceden de Occidente, con un pedigrí que se retrotrae a la Escuela de Frankfurt: Axel Honneth, exalumno de Habermas y director del Instituto de Investigación Social, o Christoph Menke, exalumno de Albrecht Wellmer, por ejemplo. Vieweg, por el contrario, se formó en el sistema de la RDA en la década de 1970, en la Universidad de Jena y en la Universidad de Humboldt, en Berlín, donde

se formaron varios germanistas sólidos, aunque sin producir nada tan avanzado como los experimentos teóricos que tuvieron lugar en el campus de Bielefeld por aquella época. Además de escritos sobre Hegel y el escepticismo, sus publicaciones incluyen una obra en castellano sobre el concepto de la libertad, un libro escrito en colaboración con su hija sobre la filosofía de *Star Trek* –la alternativa progresista y utópica a la fantasía wagneriana de *Star Wars*– y una novela de detectives que es también un *obstinato* de E. T. A. Hoffmann. Como Rüdiger Safranski, su equivalente de la RFA, tiene facilidad para convertir argumentos difíciles en prosa contundente y accesible al *Bildungsbürger* [burgués culto].

Vieweg plantea su tesis en nueve capítulos, cada uno de los cuales comprende cuatro secciones: un excursus biográfico que sitúa a Hegel personal, profesional y geográficamente; un resumen de las corrientes intelectuales de su tiempo y lugar; un resumen de la obra producida por Hegel en ese periodo; y un interludio narrado que describe un día en su vida. A pesar de la forma inusual, la imagen que emerge es en gran medida familiar. Hegel nació en 1770 en Stuttgart, capital del Ducado de Wurtemberg, en cuya corte trabajaba su padre como funcionario menor. Tras destacar en los estudios, lo enviaron al seminario de Tubinga, situado a poco más de treinta kilómetros de la ciudad, para que se convirtiera en eclesiástico. Allí compartió habitación con Schelling y Hölderlin; los tres se convirtieron enseguida en compañeros de bebida y colaboradores filosóficos, jurando lealtad a Rousseau y a la Revolución Francesa. Tras su estancia en Tubinga, Hegel se convirtió en tutor de una familia aristocrática de Berna, donde, en lugar de una república suiza amante de la libertad, encontró una oligarquía apenas más libre que el Estado policial del que procedía. Allí escribió sus primeros fragmentos sobre religión. Por influencia de Schelling, que con *Naturphilosophie* se había establecido como prodigio filosófico, Hegel consiguió un puesto de profesor no asalariado en Jena, el epicentro del universo filosófico alemán. La fuerza de *La fenomenología del espíritu* –terminada, cuenta la leyenda, mientras los cañonazos de la Grande Armée sonaban en la distancia– hizo que la universidad le ofreciera el cargo de «profesor extraordinario», también sin sueldo. Finalmente, Friedrich Niethammer le consiguió un trabajo editorial en un periódico de Bamberg. Económicamente estable por primera vez en su vida, escribió la *Ciencia de la lógica* y la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. Ambos libros fueron tan bien recibidos que, tras un periodo en Nuremberg como director del Gymnasium, fue nombrado catedrático de Filosofía en la Universidad de Berlín en 1821 –sustituyendo a Fichte, su viejo adversario filosófico– tras los Decretos de Karlsbad, que reintrodujeron una censura férrea, después de las reformas liberales de la era napoleónica. Allí escribió *Filosofía del derecho*, dio sus famosas clases sobre historia y estética, llegó a ser rector, y murió durante la epidemia de cólera de 1831.

Como biografía, el libro de Vieweg tiene dos objetivos. El primero, que cumple en gran medida, es disipar cualquier idea persistente de que la filosofía de Hegel es una apología teórica de la restauración prusiana. Vieweg muestra de manera clara y rotunda que, a diferencia de antiguos simpatizantes revolucionarios como Kleist y Beethoven, Hegel nunca dio un giro conservador. Incluso siendo funcionario del Estado prusiano defendió a sus estudiantes, Karl Ulrich, Leopold von Henning y Gustav Asverus, que habían sido acusados de participar en la actividad revolucionaria, el último de ellos de alta traición. Como supuesto simpatizante de la Revolución Francesa, el censor prusiano leía el correo de Hegel y la policía secreta le seguía. Por otra parte, el aspecto revolucionario del carácter de Hegel era más intelectual que práctico. Sabía bien que para avanzar sus ideas debía tratar con cortesía a censores, rectores universitarios y mecenas aristocráticos. De los dos campos del «genio alemán» –aquellos con habilidades sociales y las destrezas institucionales necesarias para navegar por las redes interpersonales y las corrientes políticas de la vida cultural alemana (Goethe, Schiller, Schelling) y aquellos demasiado tercos, idiosincráticos o sencillamente locos para hacerlo (Hölderlin, Kleist)– Hegel pertenecía claramente al primero. Donde *Der Philosoph der Freiheit* tropieza es en su segundo objetivo: demostrar que fue el amor por la vida, el consumo de alcohol, su carácter mujeriego, el hecho de tener un hijo ilegítimo, su afición a los juegos de cartas y sus amistades los que le permitieron derrumbar la abstracción del pensamiento poskantiano. El pensamiento de Hegel estaba diseñado precisamente para absorber la biografía en la filosofía, y no al revés. En el sistema hegeliano, la personalidad se reserva para los conceptos (el «espíritu», la «virtud», la «conciencia infeliz») y no para los individuos. En consecuencia, los pasajes biográficos y filosóficos incluidos en *Der Philosoph der Freiheit* no llegan a fusionarse bien en ningún momento. El Hegel de Vieweg sigue siendo un nombre propio, una cifra, un efecto filosófico, un nódulo en la constelación de pensamiento más amplia que fue el idealismo alemán.

De hecho, a pesar de su interés biográfico, las aportaciones más sustanciales del libro a la imagen popular de Hegel son histórico-intelectuales. Muy ilustrativo a este respecto es el primer capítulo sobre el Tübinger Stift [seminario de Tubinga], que ofrece al lector un atisbo del despotismo ilustrado –apenas distinguible del regular– que produjo a los idealistas alemanes. Junto con su escuela hermana, la Hohe Karlsschule, *alma mater* de Schiller, el seminario pretendía transformar corrientes intelectuales y políticas potencialmente destabilizadoras para ventaja de la clase aristocrática dominante mediante la formación de una *curia* ilustrada y libre de las lealtades enmarañadas del parentesco nobiliario. Hegel y sus compañeros fueron instruidos en griego y latín; en la literatura y la filosofía de la antigüedad; en la filosofía racionalista del siglo XVII, incluido Spinoza, todavía

radiactivo política y teológicamente en ese momento; en economía política y gestión estatal; y en literatura moderna, incluido Schiller, a quien el duque había encarcelado quince años antes por dejar su puesto en el regimiento militar para acudir al estreno de *Los bandidos*. Hegel absorbió este conocimiento mientras vivía en lo que Isaac Sinclair, su amigo y compañero de seminario, llamaba «una galera de esclavos», un entorno mísero de cuartos atestados, comidas comunitarias escasas, sermones moralizantes, oración en grupo obligatoria, informantes y espías, en el que se dotaba al espíritu de la Ilustración de un impulso reaccionario. Lo que Hegel aprendió en último término fue el arte de abstraer las cuestiones políticas para convertirlas en religiosas y metafísicas. El seminario también le inculcó el cristianismo luterano y el Estado en el centro de su pensamiento, vinculando la libertad a la obediencia y la individualidad a la pertenencia. Como en muchas historias de éxito, Hegel fue primero una víctima de la estructura institucional en la que más tarde triunfaría.

Mientras que los recientes estudios sobre esta formación pedagógica tienden a sostener que el régimen de Wurtemberg consiguió recuperar la Ilustración, la imagen de Vieweg es un poco más matizada: no tanto en su excursión sobre «un día en la vida» como en sus glosas del trabajo escolar del joven Hegel. Estos primeros ensayos trataban de resolver los fallos espirituales y metafísicos de la Ilustración, buscando la emancipación a través de la experiencia espiritual no mediada. Los primeros escritos del joven Hegel atacaban la herejía newtoniana de una naturaleza sin alma, mecánica, dominada por un hombre cuyas facultades estaban reducidas a mero cálculo. También rechazaban la «falacia» teológica del pecado original, inspirándose en Spinoza para imaginar un Dios directamente accesible a través del cultivo de la razón y no mediante la abnegación. Los años de Hegel en el Tübinger Stift fueron también aquellos en los que más cerca estuvo de desarrollar una política, entendida en el sentido práctico de organizar e influir en la opinión pública con fines concretos. Típicamente para el contexto alemán, cuyas instituciones políticas represivas lograron contener el ímpetu anticlerical del pensamiento francés, ello adoptó la forma de una serie de fragmentos sobre la educación pública y la *Volksreligion* [religión popular] en clave específicamente roussoniana: una fe cívica de rituales vívidos y prácticas públicas que enseñase hábitos, deseos y pasiones a concordar con la razón, la cual, como el propio Kant se vio obligado a admitir, era incapaz por sí sola de mover a los individuos o a las sociedades a la acción moral.

Si, no obstante, como muestran los esbozos de Vieweg sobre Tubinga y más tarde Berna y Frankfurt, Hegel fue durante toda su vida un ardiente defensor de la razón y la libertad, su comprensión de ambos conceptos fue altamente idiosincrática, que pretendía encontrar una forma de superar los callejones sin salida en los que el pensamiento del siglo XVIII se había

introducido. Los fragmentos polémicos del libro tropiezan a menudo con esta distinción. «Razón» y «libertad», tal y como aparecen en la introducción de Vieweg, son, por tomar prestada una de las formulaciones memorables de Hegel, «disparadas con pistola»: términos vacíos que hay que llenar de contenido. Como bien ilustran las amenas glosas del libro, para Hegel la «razón» no es solo una facultad que plantea proposiciones universalmente verificables y, por lo tanto, universalmente vinculantes. La razón es un modo de pensamiento que intenta –por razones no completamente racionales– subsumir fenómenos particulares bajo categorías universales, como las especies y los géneros de las ciencias naturales. En la *Fenomenología del espíritu* Hegel afirmaba que la unidad de universalidad y particularidad solo podía hallarse en el mundo social, en el ámbito de la acción humana. Ahí, la «razón» se convertía en búsqueda de un horizonte de significado para la acción individual –en expresión hegeliana, una «sustancia ética»–, que de otro modo se encontraría a la deriva en un vacío de insensibilidad, toda ella particularidad y sin ningún universal. Si la libertad es, como sostenían Kant y Fichte, la autodeterminación de las propias acciones, carente por lo tanto de costumbres, tradiciones, valores y leyes, que doten de contenido a dicha libertad, la mente se limita a sufrir las agonías del escepticismo, encontrándose sometida a las reglas de un mundo del que no cree que sea real. La libertad solo puede hallarse en los parámetros históricos del mundo social, donde el espíritu llega a conocerse a sí mismo: primero en la época antigua, cuando solo algunos podían ser libres, después en la «oriental», cuando solo un hombre (el emperador o el faraón) puede ser libre y, por último, en la época moderna, cuando pueden ser libres todos aquellos que acepten la ley.

Las implicaciones políticas plenas de la *Fenomenología del espíritu* se resolverían catorce años después en la *Filosofía del Derecho*, obra situada en el contexto opuesto de la primera caracterizado por los Cien Días de Napoleón, Waterloo y el Congreso de Viena. Aquí el Estado ya no es la entidad gerencial del siglo XVIII, sino algo más cercano (al menos en teoría) al poder ideológicamente activo del Estado-nación moderno, portador vivo de los valores y los ideales de una cultura. Es el Estado el que confiere libertad al individuo y el que organiza el bienestar de sus ciudadanos en un todo armonioso. Sin el Estado no habría nada parecido a una persona libre, a un sujeto moral, o a un ser humano plenamente autorrealizado en sí mismo. Para ser verdaderamente «reales», las estructuras estatales tienen que resistir el escrutinio de las facultades normativas del individuo. Este criterio excluye el derecho divino, el nacimiento hereditario y la ficción histórica del contrato social como legitimaciones para gobernar. Los primeros románticos ansiaban una unidad unitaria con el poder, conocida por última vez en Europa –o eso creían ellos– en tiempos de la cristiandad medieval. El historicismo de Hegel, por el contrario, solo veía el pasado como comienzo del conflicto y el

conflicto como el comienzo del desarrollo. El Estado, como el individuo, está superando perpetuamente sus contradicciones y descubriendo otras nuevas a medida que el *Geist* va conociendo su propia libertad.

Hegel no fue, en resumen, un filósofo de la restauración. Como muestra Vieweg, el ascenso de Hegel a la escena nacional de la filosofía alemana solo fue posible porque Napoleón había abierto una pelea de facciones entre las fuerzas del conservadurismo prusiano. Alcanzó la prominencia en la breve época de reforma –desde el Tratado de Tilsit celebrado en 1807 hasta los Decretos de Karlsbad promulgados en 1819– que eliminó las barreras comerciales entre las provincias alemanas, reformó el sistema de gremios, mejoró los derechos civiles de los judíos y distribuyó cierto poder a la clase media propietaria. Mientras que el joven Hegel chocaba con Schelling, el enemigo del viejo Hegel fue Karl Ludwig von Haller, el filósofo prusiano que rechazaba cualquier abrogación del poder de los *junker*. Al representarlo como un liberal, Vieweg admite, por supuesto, que Hegel no era un revolucionario a pesar de sus simpatías profrancesas. La Revolución de Julio de 1830 en Francia le alarmó y hasta la perspectiva de la Ley de Reforma inglesa en 1832 le pareció un exceso. De hecho, en todo caso, Hegel era un liberal cultural, no político. Pertenece al movimiento que se extendía aproximadamente desde el girondismo de Goethe y Schiller, que, tras girar a la derecha en el romanticismo y a la izquierda con la *Junges Deutschland*, se reafirmó con el nacionalismo parlamentario *Kleindeutsch* de los realistas alemanes. Lo que hizo única esta variante alemana del liberalismo fue la medida en la que aquellos que lo defendían fueron, a diferencia de sus parientes ingleses, apartados de los salones del poder. Su recompensa fue la cultura. La forma más elevada de autoconocimiento del espíritu no se verifica, después de todo, a través del Estado o en las barricadas, sino a través de las conceptualizaciones de la filosofía sin las cuales no podría existir el Estado en su forma más elevada, real y racional al mismo tiempo. A este respecto, la atención estricta que el libro presta a la biografía y a la letra de los argumentos de Hegel frustrarán al lector –a este lector, en todo caso– que pudiera desear un análisis más sustancial de la deriva sociocultural a largo plazo en la que navegó el filósofo y cuya corriente ayudó en buena medida a dirigir.

Por la misma razón, Vieweg elude la posibilidad de que la obra de Hegel pudiera avanzar una política distinta de aquella suscrita por el propio Hegel. La recepción de Hegel puede dividirse en «elogio y demonización, apreciación mundial, por una parte, e incontables críticas sesgadas y falsas, por otra». A *Der Philosoph der Freiheit* le falta, notablemente, explicar la recepción derechista de Hegel en las décadas de 1820 y 1830 por parte de los *Rechtshegelianer* [hegelianos de derecha] –Marheineke, Schulze y von Henning, entre otros– que aparecen en gran medida en los capítulos sobre Berlín como amigos personales y defensores filosóficos. Para los llamados



«viejos hegelianos», atribuir a Hegel una defensa entusiasta del Estado prusiano reformado de la década de 1820 distaba mucho de constituir una calumnia. La filosofía de Hegel tenía, de hecho, una vena acomodaticia, en especial para aquellos ya de por sí inclinados a acomodarse. Hay numerosos elementos del sistema hegeliano, ninguno de los cuales posee orientación política, que, unidos, se prestan a un conservadurismo burkeano: el argumento a favor de la inevitabilidad histórica del presente es el más obvio; el papel del Estado como ideal sobre y por encima de la vida individual; la función primordial atribuida al cristianismo como experiencia terrena de la divinidad y de la capacidad individual de experimentar fe y amor. Muy bien recibido por los conservadores es el respeto que Hegel extendió a los derechos de lo existente, a lo que *es*, sobre los derechos de la idea, de lo que *debería ser*. En la *Fenomenología del espíritu* este respeto constituye la base para lanzar un potente ataque antikantiano contra todas las formas de la «virtud», ya sea filosófica, religiosa o política. En la vacuidad de su abstracción, la virtud es impotente contra la riqueza de la práctica social existente. Los *Rechtshegelianer* no «tergiversaron» la filosofía de Hegel. Más bien la reconvirtieron, para adaptarla a la defensa de la Iglesia luterana y el Estado prusiano reformado, considerado como un baluarte contra su supuesta alternativa, el terror jacobino. Pero el cableado original del circuito era reconociblemente el de Hegel.

Quizá la ausencia de este análisis no sea una gran pérdida. El hegelianismo de derecha duró aproximadamente una década y, a diferencia del hegelianismo de izquierda, no dejó grandes rastros intelectuales. Pero al ajustarse tanto al texto de la obra de Hegel, *Der Philosoph der Freiheit* olvida a menudo el espíritu no infrecuentemente iliberal del liberalismo de Hegel. En este sentido, el Hegel de Vieweg concuerda en gran medida con la tendencia de estudios como el innovador trabajo de Walter Kaufmann en la década de 1960, o la monumental biografía escrita por Terry Pinkard en 2000, que apuntaban a recuperarlo para la filosofía política liberal convencional. Robert Pippin hizo mucho en el mismo periodo por asimilar a Hegel a la tradición kantiana, con implicaciones políticas similares. En este proceso pocos han puesto reparos y las caricaturas demonizadoras difundidas por pensadores como Russell y Popper son ahora un artefacto de los viejos malos tiempos de los estudios sobre Hegel. Las lecturas metafísicas de Frederick Beiser han sido una excepción rara al resaltar un pensador no tan obviamente en sintonía con las sensibilidades contemporáneas.

La interpretación de Vieweg está obligada a bordear con cuidado la afirmación directa, hecha por Hegel en *Filosofía del Derecho*, de que el Estado existe para contener las tensiones y contradicciones crecientes de la sociedad a la que gobierna, por ejemplo; o la opinión de que el mal cometido en el «banco de matanza de la historia» era un paso necesario hacia un bien

posterior. Vieweg se maravilla ante la enorme amplitud del sistema hegeliano, pero el reverso de esta amplitud es una tendencia a la consolidación, el amalgamamiento y la estandarización. Tenía razón Adorno al decir que, si bien en sus análisis individuales Hegel presta una atención especial a la tensión y a la contradicción, a las rupturas y a los límites del pensamiento, en última instancia los derechos de lo no idéntico, lo asíncrono y lo «irreal» siempre ceden ante los del todo. Podría interpretarse el Estado neoliberal como un negativo fotográfico del Estado descrito en la *Filosofía del derecho*, no el ejemplo supremo de la cultura o el valor, sino por el contrario una institución contra las mayorías, situada fuera del alcance de la responsabilidad pública, que resuelve las contradicciones políticas con gases lacrimógenos y las económicas con infusiones masivas de capital y unas gotitas periódicas de gasto social. Su «verdad» es la razón de las ciencias políticas prácticas: la sociología, la estadística, las relaciones públicas y, sobre todo, las ciencias económicas; es decir, el sometimiento de las determinaciones de la voluntad y los juicios de valor individuales a las leyes impersonales del mercado.

En la *Fenomenología del espíritu*, por supuesto, Hegel demostró que la ciencia impersonal y desinteresada no existe. No es un accidente en la secuenciación del libro que la razón, de la que nacen todas las ciencias, emerja de la lucha a vida o muerte entre señor y siervo a través de la cual la conciencia reconoce por primera vez su libertad. Entre el montón de colchones que constituye la suma del conocimiento humano, el observador fenomenológico puede detectar el guisante que es la experiencia individual de la libertad. Quizá la perspicacia mejor y más importante de Vieweg sea que, a pesar de ser un filósofo acusado a menudo de aplaudir la apisonadora del poder estatal, en el pensamiento de Hegel el individuo sigue siendo, sin embargo, el medio, la medida y el ímpetu de todas las estructuras objetivas. En la actualidad, el individuo y el Estado son las mitades separadas de un todo único. El Hegel de Vieweg, el gran sintetizador, el gran optimista, ofrece la promesa de que pueden, de que deben, reunirse, y de que *se reunirán*.

# traficantes de sueños

w w w . t r a f i c a n t e s . n e t

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid

## Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

### Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número*

*enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a*

*una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Resto del mundo\*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a*

*una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a [nlr\\_suscripciones@traficantes.net](mailto:nlr_suscripciones@traficantes.net)